

ARTES PLÁSTICAS

Premio Braque 1965

VEINTICUATRO pintores y dieciséis dibujantes, a estar por el catálogo, participaron de esta competición. En el momento de redactarse estas notas no todos los envíos estaban presentes ni los presentes podían ubicarse todos con mansedumbre en ambas categorías tradicionales. Las obras de Durante no son dibujos ni pinturas; pertenecen a ese género de creaciones experimentales que incluyen el movimiento de las formas y del color, sea por moción de algún dispositivo interno, sea por la traslación del espectador que ve surgir ante sí nuevos puntos de vista según se mueva. Tampoco lo son las de Durá, excelentes ejemplos de esas reuniones surrealistas de objetos que pertenecen a un arte ya pasado, que nunca concluye de pasar. Hay en ellas pintura, pero los objetos constituyen lo característico.

El Primer Premio de Pintura fue otorgado a Nelson Blanco; el segundo (para menores de 35 años al 1º-XI-65) a Honorio Morales; hubo una mención para Bertha Rappaportt y una segunda (también para menores) concedida a Héctor José Medici.

En *Dibujo* (como en *Pintura*, sin límite de edad) la primera recompensa recayó sobre Emilio Renart, ganador del único premio otorgado por unanimidad; el segundo (menores id.) le fue otorgado a Nicolás García Uriburu; Carlos Alonso ganó la primera mención, y la segunda le fue discernida a Alberto Horacio Cedrón.

A juicio de quien suscribe estas columnas, las distinciones de Morales, Renart y Alonso son inobjectables. Para el resto créese que ha predominado un criterio formal o decorativo del cual no participa.

La pintura

Con las reservas hechas líneas antes, que también son aplicables a las obras de Bertha Rappaportt en cuanto que no son manifestaciones de pintura pura, los nombres que figuraron en esta sección son los de Julio Barragán, Luis Fernando Benedit, Nelson Blanco, Héctor Borla, María D'Avola, Germaine Derbecq, Julio Durá, Juan Carlos Distefano, Armando Héctor Durante, Mario Gurfein, Roberto Jacoby, David Lamelas, César Fernando López Osornio, José Héctor Medici, Honorio Morales, Mari Orensanz, Alicia Orlandi, César Paternosto, Martha Peluffo, Rogelio Polesello, Alejandro Puente, Bertha Rappaportt, Humberto L. Rivas y Jorge Roberto Tapia.

Casi todos alcanzan niveles suficientemente razonables como para ser tenidos en cuenta; pocos se destacan lo bastante como para señalar expresamente sus obras. Si bien la afirmación que se hará es genérica, y puede matizarse o corregirse caso por caso, cada uno apunta en direcciones y planteos que con frecuencia se presentan como harto limitados. Bajo cierto punto de vista esto no deja de significar algo de garantía, pues señala un presumible retorno al ser de cada cual, un algo de estabilidad que hasta ahora faltaba. Pero si el hecho señala un principio de coherencia, hay en la vecindad de los límites de los planteos que para muchos de esos pintores se observan el peligro del amaneramiento, la asechanza de la coincidencia del pintor con su obra en la superficie de la búsqueda. Superficialidad y hallazgos superficiales más o menos deslumbrantes son ajenos al arte y propios del oficio. Una y otra vez se lo ha dicho en estas columnas, y una y otra vez se lo seguirá repitiendo. Dentro de ese reparo general, pero no absoluto, existen excepciones como la de Martha Peluffo, que ha evolucionado favorablemente desde el último Premio Nacional Di Tella sin piruetas ni giros repentinos, antes bien en coincidencia con algo que podía legiti-

mamente derivar de lo que hacía entonces; bastante distinto, y, sin embargo, lo suficientemente entroncable como para reconocer un mismo autor capaz de encontrar salidas a los encierros de la seudopersonalidad.

Hechas las salvedades anteriores, los aportes más interesantes han corrido por cuenta de Morales, Paternosto y Puente, los tres fácilmente relacionables en la búsqueda de una pintura de formas elementales y colores más o menos planos, donde la relación entre ambos elementos alcanza la sencillez como respuesta a un ahincado trabajo de síntesis.

Julio Barragán parece seguir una tónica que lo aleja de las concepciones más actuales: sus paisajes donde las casas se construyen como pequeñas cajas fileteadas por gruesas barras de negro, bien pudieron pertenecer al cubismo tímido de hace treinta años.

Benedit, en cambio, tiene humor y personalidad, aunque ambos se puedan asociar con una especie de actualización de Arcinboldo —aquel pintor que construía los rostros de sus figuras con frutas u hortalizas— menos frutales en Benedit pero en un estilo decorativo por igual e igualmente empleado con total dominio.

El Primer Premio, se dijo ya, recayó sobre Nelson Blanco, sin que puedan advertirse novedades de fuste ni mayor trascendencia que las habituales en su pintura, que no es, por cierto, trascendente. Una marcada tendencia en favor de lo decorativo parece ser a menudo el factor común de las tentativas de expositores tanto como de los criterios de los jueces. Tal vez en algún plano de la conciencia artística existe un llamado al orden, que sin duda lo decorativo da; pero si adjudicamos al arte algo del valor de la categoría en sí que desde hace siglos intenta cobrar y desde el último se le reconoce a menudo, el orden ocupa un modesto aunque útil lugar de virtud secundaria. Las obras de Blanco, que en esta sección han sido señaladas ya como hermanas de los tejidos *búlgaros*, son todo lo entretenidas que pueden resultar algunas de las posibles derivaciones de un Matisse de horizonte próximo: hay en ellas imaginación, pero no audacia. Juegos del ojo de un pintor-decorador hábil, no dejarán de ser juegos mientras no encarnen otras virtudes más sustanciales y dignas de una época que podrá ser escéptica y cínica, pero que no es superficial.

Los mismos reparos podrían ser opuestos a los dos ejercicios de Germaine Derbecq, por cierto agradables y decorativos. También aquí se recogen los ecos de preocupaciones anteriores, los de una época que pudo agrupar los intentos exploratorios y aun didácticos de Delaunay o Paul Klee. Y podrían análogamente efectuarse a las *tramas* de Alicia Orlandi cuyos enfoques son más actuales, pero tampoco terminan de trascender el carácter de ejercicios. Como también podrían ser opuestos a las obras que ha enviado Bertha Rappaportt, quien, menos geométrica y aplicando un procedimiento tridimensional, comienza a entroncar su creación con las de aquellos a los que Tapié llamó "baroques ensamblistas". Meritorias como son, no escapan a estas limitaciones.

El nombre de Mari Orensanz aparece por primera vez en estas columnas y lo hace como el de una autora que merece seguirse con atención, vigorosa y simple en su factura, de la cual deben esperarse otras manifestaciones antes de formular juicio valedero. Humberto L. Rivas, a su turno, lo hace porque es la primera oportunidad en que exhibe sus pinturas. Autor de dos variaciones sobre el tema de un retrato de hombre, *No hay mal que por bien no venga* y *La vida color de rosa*, ambas prometen un futuro interesante, aunque sujeto a confirmación.

De Juan Carlos Distefano se presentan dos obras importantes, aunque nada fáciles de apreciar en sus verdaderos valores. La pintura de colores brillantes en sus zonas centrales, pero fundida como si se hubiera derretido en los bordes, como torturada en el intento de dotarla de interioridad expresiva, busca en los pla-

Criterio, B.A Mayo 13/65

11

nos modificados de las telas, hundidas en ambos casos por dos conos no muy definidos, equivalentes o resonancias formales que muestran el carácter reflexivo del autor en procura de nuevas experiencias.

La segunda mención le fue otorgada a Héctor José Medici, de cuya actitud se ha señalado ya el carácter decorativo. Pero Medici tiene veinte años, y revela un dominio total de la técnica del *collage* tanto como del terminado de la pintura, similar en algún aspecto al oficio de Chab que en otra ocasión se elogió ya aquí. Considerada así la situación el estímulo se presenta como hartó lógico.

Finalmente, López Osornio, Tapia y Borla han presentado obras dignas, aunque sea nada más que como variantes de su producción anterior.

El dibujo

Las obras pertenecen a Carlos Alonso, Rodolfo Azaro, Justo Delfi Barboza, Marta Belmes, Juan Carlos Benítez, Alberto Horacio Cedrón, Ernesto Deira, León Ferrari, Ricardo Garabito, Nicolás García Urriburu, Marta Gaspar, Rebeca Guitelzon, Jorge Luna Ercilla, Noe Mojechowiz, Emilio Renart y Nicolás Rubió.

Al lado de las posibilidades de exploración de la pintura, el dibujo ha evolucionado relativamente poco en los últimos años; a lo sumo ha abandonado el naturalismo figurativo, pero no ha podido renunciar por entero a la figura, sea interpretada al modo más o menos tradicional, sea por medio de la neofiguración. En esta muestra se dan algunos intentos de abstracción, como las de Benítez, Luna Ercilla, Ferrari y Renart; todos ellos, afortunadamente, felices en mayor o menor grado: magistral en el caso de Renart; con tendencia a obtener sus valores de la calidad misma de los trazos, vibrantes y sueltos, pero con marcada propensión decorativa en Benítez; reviviscencia admisible del cubismo plano en Luna Ercilla, y buen dibujo caligramático en las cartas de Ferrari.

Renart ha realizado sus dibujos presumiblemente con tiralíneas o esas lapiceras del tipo de la *Rapido-graf* que realizan trazos de espesor constante, es decir con medios de origen tecnológico, y quizá, también, por lo que parece, sobre algún plástico del tipo del acetato de celulosa. Todo esto sería anecdótico, si el trazado no ratificara con su finura y precisión de origen eminentemente técnico que gravita sobre la concepción un criterio nada frecuente. Hay en su actitud creadora algo de aséptico y racional, que no excluye, antes bien es su inesperado vehículo, tanto una sensibilidad a flor de piel como una sensualidad exasperada que aquella transfiere a su grafismo.

De los restantes, los envíos de García Urriburu son indudablemente graciosos y finos, aunque no pasan de ser ilustraciones de categoría; Rebeca Guitelzon dibuja y compone con excelencia; Adolfo Cedrón usa bien de sus medios, si bien parece encontrarse encerrado por una manera fuertemente estilizada; Alonso es el extraordinario dibujante de siempre, y Deira vuelve a refirmar al verdadero artista en posesión de su técnica, fiel a su inquietud y atento a su lenguaje.

PROPERTY OF THE
MUSEUM OF MODERN ART
OF LATIN AMERICA
OAS
WASHINGTON, D.C.